

CAPITULO II.

¿Novela ó realidad?

I.

UN CURIOSO FENÓMENO Á MEDIADOS DE LA CENTURIA XIX

¿Cómo es que en pleno siglo XIX,—preguntan los pseudos filosóficos, poetas ó novelistas,—en ese gran siglo de la luz, de la ciencia, del trabajo, del progreso, del telégrafo, del teléfono, de los globos dirigibles y de los barcos submarinos, del vapor y de la electricidad, del Análisis espectral y del Magnetismo, en una palabra, existen aún hombres que creen en el dogma de la Encarnación?

¿No es ese un fenómeno curioso?

¿Pueden los creyentes, sin abdicar de su inteligencia guardar las antiguas ilusiones y suponer que Dios descendió á nuestro pequeño planeta? ¿Cómo ha de representar nuestra pobre humanidad el supremo y más completo desenvolvimiento ó expansión de la vida!... ¿Quién puede admitir que la Tierra fuese, entre las miríadas de astros más luminosos, que circulan en el espacio infinito, un globo digno de llamar la atención del Supremo Hacedor!...

Se comprende que la doctrina católica fuera aceptada en los tenebrosos siglos de la edad media...

Nuestros honrados antecesores no eran astrónomos: seamos indulgentes con ellos. Para los sabios de entonces aún era la Tierra el centro del Universo; aún eran simples puntos los planetas... ¡Simples puntos! ¡Cantidad puramente despreciable!...

Pero, ¿son admirables las doctrinas católicas, las que atañen al tema que discutimos, en nuestra época, después de los descubrimientos que ha realizado la Astronomía, después de las revelaciones del telescopio?

¡Es que los prejuicios hallábanse tan fuertemente arraigados en las masas, que aún hoy viven en su mente! ¿Cómo, sin embargo, tienen valor de sustentarlos en la hora de ahora?

Algunas inteligencias saturadas de dogmatismo han debido, á no dudar, ser víctimas de parálisis cerebral: sólo así comprendemos que permanezcan insensibles á las enseñanzas de la Ciencia moderna referentes á los mundos, al cielo físico y al espacio infinito.

II.

LA CONTEMPLACIÓN NOCTURNA DE LA BÓVEDA CELESTE

Hijos de la edad media perdidos entre nosotros ¿habéis ensayado jamás, con vuestro rudimentario libre pensamiento, tras las moribundas claridades del crepúsculo, descubrir los misterios de la noche poblada de estrellas?

¿No se elevó jamás vuestra mirada atónita hacia la bóveda celeste, en las inolvidables horas de las tardes de estío, cuando el silencio inunda majestuosamente la Naturaleza, y cuando sobre vuestras frentes, en el obscurecido azul, se encienden millares de lucécillas?

¿No habéis contemplado á Marte de los sangrientos reflejos, y á Venus la de la luz blanca, ó ya á Saturno el del grisáceo tinte, ó á Júpiter el del radiante brillo?

Para el vulgo esos astros son puntos que brillan; para el pensador y el sabio son mundos que resplandecen con los rayos del astró rey, y que, á pesar de su peso enorme y su caminar vertiginoso viven ligados al reino del sol, dependientes del sol, esclavizados á él en virtud de los poderosos é invisibles vínculos de la atracción irresistible.

¡Esos mantenedores de los antiguos dogmas no han sentido jamás el indefinible encanto de esa soñadora melancolía que se apodera del alma cuando el alma se encuentra á presencia del espacio insondable!

Porque, ¡lo que hemos dicho sólo es infima porción de la realidad inimaginable!

La inmensidad no es un abismo solitario. En esos espacios inconmensurables los universos viven cómodos, forman ejércitos innumerables, se agrupan en derredor de sus soles respectivos. Estos son, para ellos, lo que el Sol es para nosotros; hogar casi inextinguible de la energía física, del calor, de la vida tal vez...

Esos soles tejanos son estrellas centelleantes que con sus rayos apacibles horadan las tinieblas profundas, destacándose cual gotas de luz que salpican el manto de la noche.

Así, en el celeste océano, que atraviesan por todas partes y en todos los sentidos las undulaciones infinita y extremadamente pequeñas y rápidas del eter cósmico, flotan navíos insubmersibles.

Son archipiélagos que caminan; verdaderas ciudades, venturosas islas, refugios que, hoy por hoy, nos son inaccesibles. Pero nuestros ojos, ayudados por el telescopio, perciben multitud de ellos; y nuestra inteligencia activa, aún descubre otras constelaciones; y nuestro corazón... adivina que existen en los astros seres vivos iguales ó superiores al hombre. ¡Es un pensamiento amoroso!

III.

LA VIDA UNIVERSAL EN EL INFINITO

La vida, en efecto, no se descubre sólo en nuestra tierra miserable, porque esta no se basta para contenerla en límites tan estrechos. La vida, invade el universo de límite á límite y se desenvuelve en todo él; y revistè mil y mil aspectos diferentes.

En otro caso ¿cuál fuera el fin de la Creación? ¿No se nos presentaría como enigma indescifrable? ¿A qué pues los astros, bloques inertes, parecidos á las moléculas de polvo, rodando sin cesar por los vastos desiertos del espacio?

¿No es alma del mundo esa fuerza que agita á los átomos haciendo que los soles se extremezcan? ¿No se ha definido la vida diciendo que es *el principio del movimiento*?

Es por consiguiente indudable que la vida existe en toda la Creación: porque el mundo está en movimiento perpetuo, variando constantemente; y así, el eter se mueve con ondulación imperceptible, y los astros recorren fulgurantes su órbita, y el movimiento acusa su presencia eterna con la infinita multiplicidad de sus efectos.

Por lo tanto, en todos los astros donde brilla la luz, entreabre la flor su aromática corola y deja oír el pájaro su canto delicado.

Ya la ciencia ha medido gran número de astros, ha evaluado su volumen y definido sus pesos.

También describió la Ciencia la marcha de los

astros y averiguó las leyes que los rigen; y conoce su estado físico y químico, la composición de sus atmósferas, las condiciones climatológicas y meteorológicas en las que viven sus habitantes.

No cabe dudar de que muy pronto podrá la Ciencia descubrir en la superficie de los astros huellas irrechazables de seres organizados.

Es cierto que la Ciencia no los ha visto aún...: pero...; ¡pero, ya distingue claramente la variedad de terrenos, de valles, de montañas, de plantas, de llanuras, de continentes, de islas, de ríos, de océanos...! (1)

(1) Téngase siempre en cuenta que M. Ortolan reproduce en estos capítulos las opiniones de los adversarios de nuestras creencias católicas.

IV.

CÓMO SE CONSTITUYERON LOS HABITANTES DE
LOS MUNDOS

Hasta hoy no saben con certeza nuestros contradictores cómo se han constituido los seres orgánicos que pueblan esos lejanos mundos, misteriosos por más de un concepto. ¡Sufren modificaciones tan profundas las condiciones de temperatura, luz, peso y densidad de los astros!...

Las formas de sus habitantes deben, en consecuencia, parecerse poco á las nuestras. Seguramente si las conociéramos nos parecerían raras, fantásticas, monstruosas tal vez.

¿No se diferencian enormemente los seres que viven en el fondo del agua, los pescados, los moluscos, los cetáceos, de los insectos, los pájaros, los cuadrúpedos y los animales dotados de vida aérea? ¿No es diferente la flora ecuatorial de la de las heladas regiones de los polos?

Los habitantes de los distintos planetas, dada la variedad de medios donde viven deben presentar entre ellos contrastes más notorios aún que los que el resto de los seres animados ofrezcan. Muchos poseerán, tal vez, sentidos que no posee el hombre de la Tierra: y es fácil que otros tantos carezcan de alguno de nuestros sentidos.

¿Poseen dos ojos, cual el hombre, ó sólo uno, como los cíclopes, ó carecen de ojos, como el topo? ¿Tendrán cuatro extremidades? ¿Tendrán pies y

piernas, manos y brazos, alas ó aletas, más de una cabeza,... ó varias colas?

¿Son digitigrados ó pantigrados? ¿son cuadrumanos ó sextúpedos?

¿Se halla su cuerpo revestido de escamas, como el de los pescados, ó revestido de caparazón como el de los cangrejos de mar, los cocodrilos y las tortugas?

¿Tienen la piel blanda, cual los pulpos, ó rugosa y dura como los paquidermos? ¿Será su carne transparente como la de las medúsa?

¿Comen, ó se contentan con beber y respirar? ¿Son ágiles ó son pesados y torpes? ¿Duermen así como nosotros ó permanecen siempre despiertos cual los espíritus?

¿Viven siglos, al igual que los elefantes y los cuervos ó son efímeros cual los insectos de un día?

La Ciencia no ha pronunciado aún su última palabra sobre estas capitales cuestiones de interés palpitante. Apenas balbucea; pero... en fin, cualquiera que sea su forma esos seres existen: su existencia es cosa segura; absolutamente cierta: indiscutible. No se puede negar racionalmente...

¿No han logrado crear los poetas, con sólo el poder de la imaginación, toda clase de seres fantásticos, que carecen de realidad fuera de sus mentes? Los poetas han ideado toda especie de quimeras, farsas, hondinas, harpías, ninfas, sátiros, vampiros, centáuros, hipogrifos, cenocéfalos, etc., etc... Los poetas llenaron de seres nuevos sus viejos poemas mitológicos. Los artistas dieron cuerpo á las concepciones llenando de seres extraños los obeliscos y las rachadas de los monumentos. Y si tanto pudieron los poetas y los artistas ¿ha de ser la divina Naturaleza menos poderosa que ellos? Si la

Naturaleza fué tan fecunda en nuestra pobre Tierra ¿habrá sido estéril en los mundos que gravitan en el seno de la inmensidad? ¿No habrá sabido hacer refugios para la vida?

Sí: los ha podido crear. La variedad de medios le habrá proporcionado ocasión de desplegar sus recursos inagotables.

V.

LA MULTIPLICIDAD EN LA UNIDAD

Si se parecieran todos los vivientes, el mundo sería demasiado uniforme. La monotonía lejos de ser perfección engendra la fealdad.

Así pues, nos dicen, la raza humana no es, evidentemente, tipo único con arreglo al cual han sido formados los seres de las naciones siderales. Y el que los otros mundos, que se cuentan por millones de millones, no sean por todos los conceptos análogos á la pequeña bola giratoria que tiene el honor de albergarnos, no nos autoriza para creer que estén deshabitados.

Considerando los seres monstruosos que poblaron la Tierra en los períodos prehistóricos nos formaremos idea de las múltiples manifestaciones de la vida en los mundos siderales. La Ciencia moderna ha encontrado en las antediluvianas tumbas en las cabernas, en las minas, en las heleras, los perdidos restos de los seres prehistóricos.

Por otra parte, las condiciones meteorológicas de la Tierra son completamente distintas de las de los astros: nuestra temperatura es más dulce; más templados los climas; más pura y transparente la atmósfera.

• Consecuencia de esto es que los hijos de la Tierra tengan forma exterior más graciosa que la de los seres que pueblan los astros; y constitución más delicada y mayor belleza aunque menor fuerza.

Hoy somos todo lo contrario que en los tiempos prehistóricos: entonces vivían en la Tierra colosos

potentes, pero de horrible aspecto. Aquellos seres eran naturalezas dignas en todo de los indomados elementos bajo los cuales se desenvolvían. Así, en su fiereza vivieron en lucha constante, persiguiéndose, devorándose mutuamente.

De aquellas épocas son los pterodactiles de largas alas; los dragones aéreos de repulsiva fealdad; los formidables megalosaurios; los ictiosaurios, largos como ballenas, con aletas de pescado, maxilares de cocodrilo y ojos de pájaro; los plesiosaurios de estructura casi idéntica á la de los megalosaurios, pero con larguísima cola semejando gigantesca serpiente.

Al lado de los reptiles y á la cabeza de los pájaros vivían pájaros con cola de reptil.

Más tarde poblaron la Tierra animales informes, cual el laberintodon ó queiroterium, especie de sapo de gran tamaño; el megaterium, ó sea el mayor de los mamíferos conocidos; el oso de las cavernas, dos veces más grande que los osos de nuestro tiempo; el mamut enorme, elefante peludo y con naturaleza apropiada para soportar los rigurosos fríos de las regiones polares; el mastodonte, con sus cuatro defensas; y, en fin, toda clase de monstruos, más raros y curiosos que los quiméricos de la Fábula.

Después de semejantes épocas ¡cuánto han cambiado las cosas y los seres!...

En el porvenir, las condiciones climáticas sufrirán transformaciones igualmente profundas. Entonces, cuando la Tierra se hiele, la raza humana será distinta por completo á la de hoy día. Y si despertáramos en los siglos venideros no reconoceríamos ni el sol, ni la flora, ni la fauna, ni los habitantes del mundo terráqueo: todo habrá sufrido radical metamorfosis...

VI.

LA VIDA ETERNA EN LA INMENSIDAD DEL ESPACIO

Pero en las llanuras siderales, no solo es universal la vida, también es eterna.

En muchos astros comenzó la vida antes que en el nuestro apareciera: y cuando sobre nuestro globo helado y muerto no respire ya ser alguno seguirá desenvolviéndose la vida en otros mundos mas afortunados.

En efecto: si la humanidad terrestre no es el tipo único de la creación, aunque nuestra humanidad muera, seguirá la vida desenvolviéndose en otros seres y en épocas posibles.

A presencia de la eternidad del Universo y de la perpetuidad de la existencia de los seres nuestra época es no más un momento pasajero, una sombra transitoria valorable en casi cero.

La serie de siglos que viva la humanidad de nuestro planeta es, con relación al tiempo de la eternidad, cosa análoga á lo que es en importancia nuestro globo telúrico si lo comparamos con todos los astros existentes ó lo miramos dentro del espacio infinito.

Antes del nacimiento del primer hombre, las estrellas brillaban en el cielo, igual que hoy brillan, y circulaban en torno de ellas planetas en cuya superficie habitaban legiones de seres vivientes.

Del mismo modo, tras el último suspiro del último de los hombres centellearán hermosas las estre-

ñas, y seguirán grabitando en torno de los astros numerosos satélites, refugios felices, que se mecen entre las hondas vivificantes de sus soles.

Y mientras se extinguen unos astros se forman otros. El cielo cobija tumbas y cunas, mundos muertos y mundos recién nacidos, astros que desconocemos y astros que por largo tiempo se hallarán en período de gestación.

VII.

CÓMO NACEN Y MUEREN LOS ASTROS

¿No vemos ejemplos palpables en nuestro propio sistema solar?

A la hora presente, los planetas Marte y Venus parecen tan habitables como la Tierra. Tienen atmósfera casi idéntica á la de la Tierra, montañas, ríos, mares y continentes.

Jupiter, por el contrario, parece que aún no ha salido de los períodos primitivos de formación geológica. Es fácil que aún no se haya solidificado. Está apagado pero continúa incandescente. En su densa atmósfera se desencadenan continuamente tempestades formidables. El vapor caliente metálico se eleva formando nubes impenetrables que luego caen como lluvias diluvianas, como torrentes de agua hirviendo que provocan combinaciones químicas y fenómenos meteorológicos de intensidad extremada.

Allí reina el caos; y se agitan en espantosa confusión los elementos liquefactos ó gaseosos.

Probablemente, tiene Júpiter esferas exteriores muy ligeras con relación á su considerable volumen.

Saturno, Urano y Neptuno son niños comparándolos con los planetas hijos del Sol. Aunque hace innumerables siglos que ruedan por el espacio, han dado apenas los primeros pasos de su existencia.

Pero la Luna, la dulce llama de la noche, la de la luz pálida y melancólica, avanza tristemente por el sendero de la muerte. Pasaron para ella los años (6

por mejor decir los siglos) de la indiferente y alegre juventud, perdiéndose en los abismos del pasado...

Tras un largo y feliz período de vida espléndida y próspera le ha llegado la vejez, con el inevitable cortejo de privaciones y enfermedades. Así, poco á poco disminuye su calor interior; ha desaparecido su atmósfera; se secaron las fuentes de sus ríos y de sus arroyuelos; desapareció el agua de sus océanos. Cesó en ella el movimiento, y la inmovilidad es en los astros, como la parálisis en los individuos, una muerte anticipada.

Les falta el aire á los pulmones lunares; no circula la sangre en las venas de la Luna; su corazón palpita con las lentas é irregulares palpitaciones de la agonía.

Al pensar en la Luna, todo poeta-astrónomo que sea digno de su nombre debe ostentar en las pupilas unas perlas de lágrima; debe enternecerse sintiendo dolorosa y punzante emoción. La bella Luna, nuestra hermana, la que aún no ha muerto vive agonizando,... morirá mañana,... ¡el mañana de los siglos!...

Tras ese agonizar trágico la Luna será invadida por el frío; se resquebrajará; se disgregará pedazo á pedazo, pieza á pieza;... y los pedazos, reducidos á polvo caerán en el espacio sometidos á la acción de las causas físicas perturbadoras; se disgregará, como se disgrega en la tumba el cadáver inerte, bajo el influjo de los agentes destructores.

¡Pobre muerta! ¡Qué el eter le sea leve!...

Lo peor del caso es que con la Tierra ocurrirá lo mismo que con la Luna, y en un plazo más ó menos próximo... También el Sol sufrirá semejantes vicisitudes: el Sol y todos los planetas que le rodean. Cada uno de ellos irá poco á poco perdiendo la for-

ma esferoidal. Luego se fragmentará. Y estos fragmentos formarán asteróides, diseminándose á lo largo de su primitiva órbita, manteniéndose en ella, como en su vida astral, gracias á la gravitación...

VIII.

LA RESURRECCIÓN DE LOS ASTROS Y EL TORBELLINO VITAL

¡Tengamos paciencia! De la muerte de los astros surgirá la vida. Los astros renacen de sus cenizas, mejor que el Fenix de la Fábula.

Gracias al movimiento que empuja los átomos hacia el abismo insondable los restos informes de los antiguos mundos dislocados, entrarán pronto ó tarde en la esfera atractiva de algún astro viviente, que los retendrá cuando pasen junto á el, y los sugetará valiéndose de las leyes de la atracción y la pesadez de los cuerpos, así como ahora la Tierra atrae los cuerpos en virtud de la gravedad, de la atracción, etc.

Solicitados los restos de los astros muertos por la creciente fuerza de la atracción, caerán desde prodigiosa altura sobre los astros vivos, y con velocidad creciente, acelerada hasta el punto de que en los últimos instantes de la caída caminarán mil veces, lo menos, más veloces que una bala de cañón.

Todo movimiento al ser detenido rápidamente se transforma en calor y hasta en luz. Y en este caso la fuerza del choque será bastante para transformar en nebulosa incandescente los restos de los astros muertos y el astro sobre el cual caigan. Nada podrá resistir semejante bombardeo, sin inflamarse, fundirse, volatilizarse. De esta inmensa nebulosa hirviente, que será hogar de energía por los siglos de los siglos, han de salir nuevos soles. Y unos, los

más de pequeños, se enfrían pronto, recubriéndose de corteza ó costra sólida y obscura. Otros, iluminarán más tiempo el espacio, con rayos deslumbradores; y así, renacerá la vida en los planetas nuevos.

Ved, pues, cómo el polvo vuelve al polvo, la vida á la muerte, y la muerte á la vida.

¡Nada permanece en las tumbas! Lo que la Tierra sepulta es tarde ó temprano devuelto á la vida.

Entre todos los seres, hasta entre los más diferentes, se efectúa un cambio incesante de principios constitutivos. Los elementos que forman nuestros cuerpos ceden pronto la plaza á otros elementos.

El aire que llena nuestros pulmones, los líquidos que sacian la sed, los alimentos que nos nutren, se componen de átomos, que ya han formado parte de otros organismos.

No solo caminamos sobre un suelo compuesto de ceniza de muertos, sino que esta ceniza es nuestro alimento y el sostén de nuestra vida. ¿Acaso no son los cuerpos putrefactos los que vigorizan el tallo de la flor olorosa ó la rama del árbol de sabrosos frutos?

Así pues, vivos y muertos se hallan unidos por indisolubles lazos de fraternidad absoluta. Y de vez en vez los vivos y los muertos son respectivamente padres é hijos.

¿Cuál es la razón de todo ello? La razón es que los átomos son indestructibles y circulan incesantemente impulsados por el torbellino vital.

Y si tal ocurre con nuestros organismos efímeros, no otra cosa acontece con el vasto cuerpo del Universo.

Los astros son átomos del infinito: y se precipitan, se persiguen, se unen, se separan y aún se vuelven á reunirse. Así, por efecto de la soberana ley de

la gravedad,—á la que obedecen con igual exactitud las moléculas invisibles y los mundos gigantes,—forman los átomos nuevas agrupaciones y nuevos sistemas.

En el inmenso laboratorio de la Naturaleza, cual en el humilde gabinete del último de los químicos, tiene siempre lugar el principio que Lavoisier formuló al decir: "¡Nada se pierde, nada se crea!"

En la retorta del operador, como en la gigantesca oficina del Universo, la cantidad de materia es siempre la misma: solo sus partes pueden revestir múltiples aspectos: y gracias á las innumerables combinaciones que son susceptibles de formar, los átomos se presentan en infinito número de formas.

Tal es la génesis del Cosmos: así nacen, viven, perecen, mueren y resucitan los mundos.

¿Acaso con la ayuda del telescopio no vemos ese nacer, vivir, morir y resucitar? ¿No vemos en las profundidades del espacio innumerables nebulosas de distinta especie según su grado de formación? ¿No presenciamos sus continuos progresos? ¿No los estudiamos simultáneamente?

En efecto: no hay dos nebulosas que se hallen en el mismo estado; no las hay, como no hay en un bosque dos árboles de igual grosor y tamaño.

IX.

CONCLUSIÓN.—LLAMAMIENTO Á LA EMANCIPACIÓN DE LAS ALMAS.—LA CONQUISTA DEL CIELO POR MEDIO DE URANIA

Pero, la vida es indestructible, y reinará sin límites ni restricción alguna en el espacio y el tiempo.

Maravillosa vida, inextinguible, universal y eterna, que se desenvolverá en todas las regiones etéreas, en todos los astros que, cual islas, pueblan el océano celeste. Nada es capaz de contener su expansión. Pasará de mundo en mundo, y de estrella en estrella, desenvolviéndose libremente, en las llanuras del infinito, durante siglos de siglos.

¡He ahí el cielo y la eternidad!

Ya comenzó nuestra eternidad infinita y estamos ya en el cielo inmenso, en el cielo universal donde están los astros y sus habitantes. En ese espacio sin fronteras gravitan los mundos: espacio sin altura, ni profundidad, ni derecha, ni izquierda, porque su centro está en todas partes y su circunferencia no se halla en parte alguna.

¿Necesitamos esperar otro cielo? ¿Hay razón para esperarlo tras descubrir los Campos Eliseos de la antigua Fábula, el Imperio de la Edad Media, y el paraíso terrenal ó celestial de la Teología?

Son preguntas de los astrónomos... *omniscientes...*

¿Acaso nos permite la Astronomía pensar como nuestros antecesores pensáran á propósito del cielo, del infierno, del origen de los seres y de nuestro destino futuro?

Nuestros abuelos fueron niños: seamos pues hombres. Aquellos se dejaron llevar de la imaginación voladora: esclavicémosla nosotros, fiando solo en la inteligencia. Porque si los antiguos eran esclavos de los dogmas tiránicos, nosotros debemos ser libre pensadores: y si ellos fueron devotos, nos incumbe ser sabios... ¡De tal modo se expresan los enemigos de nuestras ideas!

Y aún añaden: "Han pasado los siglos de la ignorancia. Terminó la noche: reina el día."

Siguiendo á Urania y guiados por sus revelaciones caminamos hacia la luz, hacia la emancipación de nuestras almas y á la conquista del cielo donde los universos gravitan...

CAPITULO III.

Afirmaciones de la ciencia, sobre la habitabilidad de los mundos.

I.

AUSENCIA DE PREJUICIOS EN LAS INTELIGENCIAS VERDADERAMENTE CIENTÍFICAS.—SABER DUDAR ES LA PRIMERA CONDICIÓN NECESARIA PARA APRENDER

Acabamos de oír las afirmaciones de los novelistas y los poetas. Ahora, conviene escuchar á los sabios. Los novelistas y los poetas, formulando conclusiones antes de probar cosa alguna, cimentan su tesis en un principio cuya exactitud no han demostrado jamás. La vida, dicen, es el fin ineluctable de la Creación; es la ley absoluta del Universo; la razón de ser de todas las cosas. ¿Para qué servirían los astros si no estuviesen habitados? Por consiguiente, no dudan en afirmar que lo están.

Y sobre esa base móvil, construyen con esfuerzos de imaginación un edificio sin solidez, pero de seductora belleza aparente. Como obra de arte no tiene, sin embargo, la dureza del granito: es un castillo de cartas de baraja que desplomará el viento más ténue. Un castillo de cartas donde se cobijan los espíritus soñadores.

Pero si ellos son libres de aceptarlo no tienen derecho á pedir que la gente los siga, los imite.